

CULTURA, MIGRACIÓN Y SALUD MENTAL: LOS JÓVENES CONOSUREÑOS EN MÉXICO*

Florence Rosenberg** y Estela Troya***

Este trabajo es el producto de una investigación realizada de 1994 a 1996 entre México, Chile, El Salvador y Nicaragua. La investigación versa sobre los procesos de reinserción social de los jóvenes hijos de refugiados-exiliados de sus países de origen. En México¹ trabajamos con jóvenes conosureños y familias salvadoreñas. Aquí se

exponen los resultados en relación con el Cono Sur.²

La población con la que trabajábamos tenía un promedio de 15 años fuera del país de origen y sus edades oscilaban entre 16 y 28 años de edad. El primer grupo estuvo compuesto por ocho jóvenes: cuatro hombres y cuatro mujeres, un varón y cuatro mujeres argentinas y tres varones chilenos. El segundo grupo constó de seis jóvenes: dos argentinas, una chilena, una uruguaya y dos varones uruguayos.

* Este trabajo fue presentado en el II Congreso Internacional del Canadian Association for Mexican Studies, el 12 de noviembre de 1996, México, D. F.

** Alumna del doctorado en Antropología Social del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

*** Profesora del Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia.

¹ El equipo de México estuvo constituido por Estela Troya y Florence Rosenberg.

² Los resultados de esta investigación se publicaron en María Isabel Castillo e Isabel Piper, (eds.), *Jóvenes y procesos migratorios: nosotros perdimos la patria, ¿quedará siempre esa ausencia?*, Chile, ILAS, 1996.

1. LA MIGRACIÓN FORZADA EN EL SIGLO XX

Un cambio fundamental en el capitalismo tardío a lo largo de este último siglo ha sido el incremento de la migración forzada en el mundo y una inversión masiva migratoria entre los países centrales y los periféricos.

Las guerras, las revoluciones y las luchas ideológicas que han acompañado estos cambios no sólo desenraizaron a muchas personas en contra de su voluntad sino que también usaron el proceso de migración como instrumento político. Así como se secuestró a millones de seres humanos para convertirlos en esclavos a lo largo de la historia, las guerras del siglo XX han causado el desarraigo masivo de millones de hombres, mujeres y niños en todos los continentes. Los países europeos que durante años movieron las piezas de ajedrez de inmensas poblaciones cambiándolas de lugar a su antojo, hoy, a finales del siglo XX y en un lapso de 30 a 40 años, las poblaciones de trabajadores del norte de África, como de otros países de la Europa central, Asia y América han llegado buscando refugio para mejorar sus condiciones de vida ya que en sus países de origen se expulsa a los trabajadores por la falta de empleo y de servicios que los países pobres no pueden ofrecer.

Por otro lado, las cifras no son nada alentadoras, por ejemplo, el número de refugiados y desplazados de sus lugares de origen alcanzó en 1996 la cifra de 28 millones de personas a causa, principalmente, de la guerra y la pobreza. El año pasado sumaron cerca de cuatro millones los nuevos refugiados y resultó

que la respuesta tradicional a este problema —ayuda humanitaria— cada vez aparece menos adecuada y tiene peores resultados.

No se puede plantear que los movimientos de refugiados sean provocados por una sola causa, pero las más frecuentes son la guerra, el hambre, la pobreza y la persecución.

2. CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO DE URUGUAY, CHILE Y ARGENTINA

Uruguay con J.M. Bordaberry (1973), Chile con A. Pinochet (1973) y Argentina con J.R. Videla (1976) sufrieron golpes de Estado, dictaduras, represión y tortura, lo cual provocó una ola de migración forzada hacia otros lugares. Muchos de ellos se fueron a varios países de Latinoamérica y Europa. En el sexenio de Luis Echeverría (1970-1976) comenzaron a llegar a México muchos exiliados conosureños. Éste apoyó a los asilados e incluso ofreció trabajo a un buen número de ellos. Todo esto dio otro matiz a la política migratoria mexicana, sin que se cambiaran ni las leyes ni los reglamentos y, poco a poco, al entrar José López Portillo al gobierno, se volvieron a restringir las políticas migratorias.

3. JÓVENES CONOSUREÑOS

Los jóvenes conosureños³ son hijos de profesionistas de clase media media.

³ Se trabajó con un total de 14 jóvenes en tres sesiones grupales.

Llegaron de niños al P.R.⁴ o nacieron en él. Ninguno de estos jóvenes sufrió la pérdida de uno o ambos padres, hermanos u otros familiares cercanos. Esto marca una diferencia importantísima respecto de aquellos que sufrieron desapariciones, tortura o muerte de familiares.

Diez años antes de que realizáramos la investigación, ante las "aperturas democráticas" en los países del Cono Sur, que posibilitaban el regreso legal a los migrantes, éstos se encontraron ante la disyuntiva de permanecer o retornar al P.O.

En el momento en el que entrevistamos a los jóvenes encontramos que había diferencias respecto al porqué permanecían en el P.R.:

1) Optaron individualmente por no regresar a sus países de origen, lo cual determinó la separación de sus familiares que sí lo hicieron.

2) Toda la familia optó por no regresar.

3) La familia regresó a su país de origen y ellos decidieron, individualmente, volver a México.

4) La familia regresó a su país de origen y la familia en su totalidad decidió volver a México.

Lo primero que indagamos fue acerca de la idea y el sentimiento de patria como cosas concretas en relación con el pasado, tanto personal como de la familia, no como experiencia vivida por ellos mismos, sino como algo que se les legó en la infancia. No está asociada a símbolos patrios (bandera, himno nacional, escudo, escarapela, héroes, fechas na-

cionales, etc.) sino a situaciones y vínculos familiares y muy particularmente a paisajes y geografía específicos: lugares, árboles, calles, esquinas, ferrocarriles, la mesa del comedor de la casa de la abuela o de la tía. Tal vez por la edad en que fueron partícipes de tales situaciones aprendieron conjuntos, totalidades, pero no los significados o la dimensión simbólica de los hechos político-históricos de lo que se representaba. El hecho es que estos recortes o parcialidades de escenas (escenas totales para ellos) están vívidamente cargados de emociones y significados que remiten a relaciones de pertenencia, intensas y significativas con el pasado y con la infancia primera. A todos nuestros entrevistados les daba muchísimo gusto extenderse y compartir este tipo de recuerdos. Tal vez porque a todas las personas nos gusta encontrar un contexto afectivo en el cual verter y compartir recuerdos y emociones infantiles; a ello se suma la falta de posibilidades para crear un contexto adecuado, con pares para este tipo de experiencias.

Una de las formas simbólicas que mejor y con más frecuencia expresan estos contenidos (ideas y afectos) en relación con la patria, es la imagen de las abuelas (imagen vincular, o sea que se ven a sí mismos interactuando con ellas), en particular las maternas. Conservan de ellas recuerdos como vívidas imágenes fotográficas o de video en las que se condensa la vitalidad y solidez de lo que se percibe como inamovible. Estas imágenes no son significativas por la calidad específica de la persona (de la abuela), más bien comparten características de lo mítico fundacional y de origen. Tal

⁴ P.O.: país de origen; P.R.: país receptor.

vez este “arranque mítico” en dos generaciones ascendentes, y no más allá, tenga que ver con que estos abuelos fueron, en su mayoría, migrantes o primera generación de pobladores en el Cono Sur. Es decir, la población con la que trabajamos son sus descendientes en tercera o cuarta generación.

La palabra tierra, por su parte, los remitió inmediatamente a imágenes proyectivas en relación con el futuro. Ésta es una tierra de “expresión de deseos”, por tanto, idealizada y fija. Forma parte de este deseo que la tierra “no se mueva”, que sea estable. Es el mundo donde van a estar cuando, finalmente, sean grandes y autónomos. Imágenes intensas en cuanto afectos, pero poco definidas respecto al cómo, dónde, con quién, cuándo y cuánto tiempo. Si esto es así, es claro que esa tierra del futuro no estará poblada por la familia, y menos aún por la familia de origen; no es una tierra colectiva de connacionales o de gentes que hayan partido del mismo lugar, eventualmente sería una tierra colectiva, poblada por pares, por otros “bichos raros” que compartan sentimientos, vivencias y aspiraciones similares.

A su vez, el presente desde el cual se proyectan contiene zonas de indefinición en términos de identidad:

a) una corresponde a su edad y al momento evolutivo y

b) otra al momento actual del proceso de síntesis de los diversos componentes de su identidad nacional y cultural.

La cultura nacional del P.O. se confunde con las costumbres y normas im-

perantes de la familia de origen. Explicaremos estos conceptos.

En casi todos los procesos de migración se da un fenómeno de congelamiento o estiramiento del tiempo, que se expresa en particular, por el mantenimiento de los hábitos y usos que trajeron del P.O. como parte de su vida cotidiana y de su cosmovisión: vestidos, comida, formas coloquiales del lenguaje, organización del tiempo libre, manejo del dinero, actitud, uso de lo gestual y del cuerpo.

Los jóvenes que entrevistamos participaron de esta vivencia sociocultural sincrética en su infancia y primera adolescencia, tanto en el P.O. como en el P.R., de ahí que crean que la “forma de ser” de su familia es la forma del “ser nacional”.

A partir de ahí inventamos el concepto de “familia extensa idealizada a posteriori” para explicar cómo desde la situación de exilio o de migración se construye la familia-comunidad que, idealizada en el sentido positivo, condensa lo deseable, añorado, perdido y lejano. Si estuvieran allá a lo mejor visitarían a la abuela cada siete meses. Pero al estar aquí, ella adquiere y se le adscriben características y cualidades que no le pertenecen. Como si la abuela rezumara y a la vez absorbiera las especificaciones inefables de las características del ecosistema al cual pertenece, y todo esto desde el exiliado está visto y puesto en la extensa familia de origen.

Primero insistimos en que equiparan la cultura familiar a la nacional; después en que esto es posible gracias al intento propositivo e inconsciente de los padres de mantener la pertenencia al P.O., perseverando en los usos y costum-

bres de la familia, aun después de muchos años de estancia en el país.

México, como significado, tiene una doble referencia. En primer lugar, es el sitio al que se arribó para escapar de la muerte, la persecución, la inseguridad de diferentes tipos, el miedo y la violencia. Por lo tanto, se le asocia con esto; no es LA CAUSA ni del exilio ni de las razones que lo determinaron, pero el que México aparezca en la vida a consecuencia de ello lo hace estar íntimamente ligado a estas dolorosas vivencias.

En segunda instancia, y en forma mucho más relevante, está ligado a la VIDA, a la libertad, a la continuidad y al mantenimiento del núcleo familiar.

Asimismo, es también un lugar de enriquecimiento cultural, en particular respecto a lo mexicano —para los conosureños la cultura mexicana es la representante de la riqueza y la diversidad cultural indoamericana.

En cuanto a la migración, nuestros entrevistados tienden a atribuirle “toda suerte de calamidades”. La migración es la responsable de conflictos y desavenencias familiares o entre los padres, indecisiones respecto a la elección profesional, problemas amorosos, cuestionamientos en la identidad, ser diferente, tener dificultades de comunicación, no sentirse adecuado, etcétera.

No creemos que la migración sea totalmente ajena a esta problemática, ya que sin duda la resignifica, y tampoco pensamos que sea la razón única o determinante de los problemas mencionados.

El primer hecho que resalta para cualquier observador es que estos conflictos que se atribuyen a la migración son típicos de ese momento evolutivo en

todas las culturas occidentales, con o sin migración mediante. Todos los jóvenes se sienten “distintos”, incomprendidos, todos tienen conflictos intergeneracionales y, por lo tanto, con sus padres; todos tienen dudas respecto al abanico, amplio o restringido, de sus posibilidades futuras, etcétera.

Otra razón para no atribuir a la migración toda la responsabilidad sobre estos problemas, es que ninguno de nuestros entrevistados presenta un cuadro similar al descrito como estrés post-traumático. Han pasado más de 15 años desde este hecho traumático (el exilio); las historias de vida que relatan estos jóvenes no atestiguan daños permanentes e irreparables relacionados estrictamente a la migración.

A pesar del trauma producido por el hecho de la migración, la razón de estos sentimientos se debe también a los conflictos, a las dificultades de comunicación, a los secretos y a la mistificación de la historia por parte de los padres y su generación. Por una parte, la migración es un evento de enorme magnitud en la vida de las familias y los individuos que la componen, y como tal marca intensamente a las personas que lo sufren. Pero también puede convertirse en un buen “depósito” o pantalla de proyección para otros sucesos o sentimientos dolorosos y difíciles de elaborar. Por lo tanto, la ganancia secundaria de haber tenido que migrar es a veces el no tener que asumir responsabilidades por situaciones personales o típicas de un momento evolutivo en las familias, transformaciones en las parejas y en la adolescencia.

Es importante destacar que estas pa-

rejas de padres eran jóvenes y novatos. En las culturas urbanas de clase media profesionalista del Cono Sur, al menos en esa época, las redes de pares, amigos, proporcionaban la estructura central de la crianza de los hijos así como del uso del tiempo libre. Los migrantes recién llegados construían rápidamente redes de ese tipo ya que tenían necesidades similares, compartían la cultura, y se veían entre sí como perteneciendo a un mismo mundo y a un lenguaje similar desde el cuál podían entenderse y apoyarse.

En esas condiciones, es fácil deslizarse de la estructura de red a una de "ghetto". Las tres comunidades de conosureños (uruguayos, argentinos y chilenos) formaron "ghettitos" de connacionales y también puentes entre ellos. Dichos puentes se tendieron básicamente a partir de las escuelas a las que concurrían sus hijos (no es casualidad que fueran a las mismas escuelas), en centros de educación superior, de investigación y donde trabajaban, y también en ciertas unidades habitacionales⁵ que, además de tener ventajas económicas para los recién llegados, reproducían algunas de las características de su organización social previa.

Este ghetto (compuesto de los tres "ghettitos") tenía características particulares. A diferencia de los judíos y afroamericanos, no estaba construido desde afuera para impedir que sus habitantes se mezclaran con el resto, sino que más bien fue construido por los de

adentro para permear la entrada de los de afuera. Los "otros" que tenían acceso libre al ghetto debían poseer características destacadas en términos culturales, ideológicos y profesionales, de modo tal que los hicieran afines o similares a la forma en que los de adentro del ghetto se percibían a sí mismos. Esta autopercepción fue con mucha frecuencia compartida por muchos mexicanos.

Además de prejuiciosa, esta conducta está intrínsecamente asociada al deseo de mantener la identidad, hecho constante y permanente en todos los grupos de migrantes y en particular, en los forzados y con expectativas de retorno. Esto no quiere decir que no compartieran la vida y cultura de México, en especial todo lo que hace a la riqueza de su artesanía, comida y tradiciones, que fueron vividas como algo específicamente gozoso y enriquecedor. Cuando venía gente del P.O. de visita, lo mexicano era exhibido y compartido con orgullo y agradecimiento.

De modo que estos jóvenes vivieron en este ghetto toda su infancia y su primer adolescencia. Si bien fueron a escuelas mexicanas, con maestros mexicanos, y tenían algunos amigos mexicanos, la mayor parte de sus pares no lo eran.

La salida del ghetto coincide, además de con su característico momento evolutivo, con estos otros factores, todo lo cual contribuye a incrementar el sentimiento de que "no son ni de aquí ni de allá". Sin embargo, esta definición: "soy de aquí", "soy de allá" y "soy de aquí y de allá", no estaba totalmente en sus manos, ya que por su edad y sus lazos afectivos dependían intensamente de las decisiones de sus padres.

⁵ Edificios o casas reunidas en un mismo terreno, donde se comparten zonas verdes o de recreación.

En esta época desarrollaron una agudísima percepción del lenguaje analógico: formas de hablar, de vestirse, de usar el cabello, de comer, de moverse, etc., en su necesidad de reconocer si los que los rodeaban eran de aquí o de allá, o de aquí y de allá. O sea, en su búsqueda de pares.

El saber o conocer acerca de algo implica, de alguna manera, poseer algo acerca de aquello que se conoce. El poseer algo es "ser" de cierta manera, tener alguna identidad, o sea, que el saber o no saber acerca de la mexicanidad, o de las cosas del P.O. es vivida como una forma de delatar la extranjería tanto en el P.O. como en el P.R. En la medida en que no saben sienten que "no son" y que los demás los perciben como "no siendo".

Las vivencias y los sentimientos anteriormente descritos forman parte del mundo interno de todos estos jóvenes. Sin embargo, la imposibilidad de elaborarlas y de arribar a síntesis enriquecedoras está relacionada con tres factores fundamentales:

a) La edad que tenían al salir, o sea al llegar a México. En términos evolutivos, aquellos que salieron después de haber cumplido cinco o seis años traían consigo un bagaje personal y cultural considerable: dominio del lenguaje, iniciación en la lecto-escritura, socialización y adquisición de pautas culturales por su pertenencia a la familia y a instituciones extrafamiliares (escuela, club, barrio, etc.) y un "yo" estructurado de acuerdo a la edad. Esto determinó que muchas zonas de su identidad, entre ellas la nacional, fueran muy poco cuestionadas en lo profundo con el cambio de

país, además de que el ghetto la reconfirmaba constantemente.

b) Las características de la estructura familiar. Un punto importante en relación a ésta es la solidez o la falta de ella con que los hijos perciben a los padres como capaces de mantener, proveer, decidir y guiar. En muchos casos, el cúmulo de tensiones promovidas por la migración y la sobrecarga en la pareja por tener que cumplir mutuamente funciones que antes cumplían otras personas (familiares, amigos, compañeros de trabajo, etc.) determinó la aparición de conflictos, desencuentros, recriminaciones. Esto, consecuencia lógica de la situación en que se encontraban, restó en muchos casos seguridad y confiabilidad a los hijos. Y por otra parte hubo quienes al percibir las dificultades de los padres, y por solidaridad filial amorosa, procuraban "no dar lata" y no crear más conflictos ni sentirse fuente de dificultades. En otros casos, algunos jóvenes tuvieron severas dificultades escolares o sociales en su intento por unir a sus padres.

c) La posibilidad de metacomunicar.⁶ Por ejemplo, si los jóvenes que tenían miedo de "dar lata" hubieran podido hablar, ser escuchados, obtener respuestas y responder a ellas, seguramente no se hubieran sentido segregados, poco queridos, sobrecargados. De la misma manera, si las posibilidades de separación o divorcio de los padres hubieran

⁶ La capacidad para metacomunicar en forma adecuada constituye no sólo una condición *sine qua non* de la comunicación eficaz, sino que también está íntimamente vinculada con el complejo problema concerniente a la percepción del *self* y del otro (P. Watzlawick, *Teoría de la comunicación humana*, 1991).

sido vividas como menos amenazantes, como una difícil reorganización familiar y no necesariamente como una ruptura o destrucción del mundo, no se hubieran visto orillados o empujados a distintos rangos de acciones autodestructivas en un intento por solucionar o detener el conflicto.

Por otro lado, todos estos jóvenes tienen fuertes sentimientos de pertenencia y amor a ambos países, pero, como hemos visto, en muchos casos los conflictos de lealtades personales y familiares impiden la legítima expresión de estos afectos.

Empezaron a crear diferencias entre redes familiares y redes de connacionales, aparecieron redes de amigos que no eran exiliados y algunos exiliados dejaron de ser amigos. Paralelamente los jóvenes comenzaron a establecer sus propias redes en sus propios ámbitos, a diferencia de las redes de la infancia y la primera adolescencia que, como ya hemos dicho, habían sido creadas a partir de los padres y la comunidad de exiliados. Por lo tanto, el mundo de las familias y el mundo de los amigos pertenecen ya a mundos distintos. El ghetto y los ghettitos sufren una profunda reestructuración.

El mundo interno de cada quien se configura por la interacción y organización de la pertenencia a distintas redes y a distintos mundos. El poder vivir estas distintas pertenencias como totalidad y no como mundos escindidos es un proceso constante en el cual se construye la identidad.

Pudimos registrar en los grupos de indagación cómo muchos jóvenes sinte-

tizaron esta experiencia en frases tales como: "no se pueden poner todas las historias en una sola historia", "las historias son diferentes pero tienen un hilo conductor que soy yo, el protagonista", "todas las historias no encajan".

En estos grupos los jóvenes manifestaron mucha molestia con aquellas personas, familiares o no, que perseveran en vivir dentro del ghetto, en particular cuando se sienten enjuiciados por éstas, por atribuirse el derecho de entrar y salir del ghetto.

¿Por qué la decisión de irse o de quedarse en cualquier lugar en el que se ha vivido por mucho tiempo es tan compleja? ¿Por qué, aun cuando se ha vivido ese tiempo con el deseo y la esperanza de regresar, a la hora de las decisiones la disyuntiva es tan penosa? Porque en ese mismo tiempo precisamente hemos vivido, hemos interactuado, creado, dado y recibido y por lo tanto nuestro *self* se ha constituido en gran medida con las cosas y los modos de ese lugar. Y al separarnos de aquel lugar sentimos la amenaza de perder un pedazo importante de nuestro *self*. De ahí que la elección de irse o quedarse implique la elección de qué duelo nos es más factible combatir.

Por último, alertamos acerca del posible mal uso, peligro o mistificación de algunos de nuestros hallazgos, en particular el que se refiere a la importancia de la estructura familiar previa como codeterminante del grado de disfunción, patología, anomia⁷ que conlleva la mi-

⁷ Utilizamos estos términos etiquetantes de uso común en las jergas profesionales, en realidad nos referimos a dolor, confusión, soledad, dificultades para adaptación activa, permanencia en la ambigüedad, etcétera.

gración forzada. Afirmamos que la familia es un factor central en la coconstrucción de cómo están viviendo actualmente los exiliados y los hijos de exiliados, y por lo tanto, ésta es corresponsable de "felicidad-infelicidad", éxito-fracaso, adecuación-inadecuación, etc., de los sujetos que la componen. Ahora bien, esto no quiere decir que los gobiernos, estados y sus respectivas instituciones y políticas puedan dedicarse a explotar, perseguir, asesinar y expulsar a sus miembros, como pretexto de que la responsabilidad y consecuencias de sus actos recaigan en la familia.

Si bien es cierto que nuestra investigación se ha limitado a la población antes descrita, pensamos que estas consideraciones generales pueden ser extensibles a todo proceso de migración, forzada o no.

4. CONCLUSIONES

Para finalizar, consideramos que la primera generación de exiliados conosureños sufrió un proceso de transculturación sin que por ello perdiera su cultura original. Fueron sus hijos pequeños quienes tomaron de ambas culturas (la del país de origen y la de México) para conformar una identidad rica: "lo de allá y lo de aquí".

Mirar, comprender, analizar e interpretar los deseos, experiencias, planes, estrategias, fantasías, intenciones y sentimientos de los migrantes forzados, es incidir en su cultura. Los jóvenes conosureños han vivido el exilio de sus padres como una anexión cultural y no como pérdida.

Las redes sociales que conformaron sus padres, así como la oportunidad que tuvieron para crecer en este país, les han permitido a muchos de ellos "irse quedando" con la clara convicción de que no volverán a residir en la tierra que expulsó tan violentamente a sus familias.

BIBLIOGRAFÍA

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) (1994), *Las situaciones de los refugiados en el mundo. El desafío de la protección*, Madrid, Alianza Editorial.
- BECKER, D., G. Morales y M. Aguilar (1994), *Trauma psicosocial y adolescentes latinoamericanos: formas de acción social*, Chile, ILAS.
- BERTALANFFY, Ludwig von (1987), *Teoría general de los sistemas*, México, FCE.
- LAING, Ronald, D. (1966), *Percepción interpersonal*, Argentina, Amorrortu.
- LUTZ, Catherine (1986), "The Anthropology of Emotions", *Annual Review of Anthropology*.
- PICHON-RIVIÈRE, Enrique (1985), *Teoría del vínculo*, Argentina, Nueva Visión.
- RODRÍGUEZ Ajenjo, Carlos (1995), "La migración a nivel internacional. Definiciones de migración forzada y las políticas migratorias". Conferencia dictada dentro del taller celebrado en la Escuela Nacional de Antropología del 24 al 26 de marzo de 1995: Hacia el fin del milenio. Tendencias y perspectivas de las migraciones forzadas. Un enfoque psicosocial.
- ROSALDO, Renato (1991), *Cultura y verdad: Nueva propuesta de análisis social*, México, Grijalbo.
- ROSEMBERG, Florence (1994), "Redes sociales y migración", en Cristina Bottinelli (coord.), *Migración y salud mental: Manual para promotores y capacitadores*, México, ILEF.

TROYA, Estela (1991), *Parejas migrantes en el exilio: la pareja forzada*, México, mimeografiado.

——— (1993), *Consecuencias psicosociales de la migración forzada*, México, mimeo.

VON FOERSTER, Heinz (1991), *Las semillas de la cibernética*, Barcelona, Gedisa.

WATZLAWICK, Paul (1991), *Teoría de la comunicación humana*, Barcelona, Herder. *Excelsior*, 10 de junio de 1995, p. 26.